

donamos aquel sitio, y preocupadas por el incidente que habia pasado, continuamos recorriendo el hermoso cementerio, que á cada paso nos presentaba nuevos y magníficos panoramas.

Las más variadas flores, cuyo suave aroma embalsama el ambiente, ostentan allí su frescura y lozanía. Parece que la naturaleza se empeñaba en desplegar la vida allí donde, reinaba la muerte! . . .

A lo léjos descubrimos una especie de Lago, nos dirigimos á el, mas nuestra vista se habia engañado; era un mausoleo de vidrio hermosísimo, que en su conjunto presentaba el más hermoso golpe de vista. Se hallaba coronado por un niño que dormía profundamente abrazando una cruz; aquel sepulcro encerraba los restos de aquel hijo querido, segun pudimos descubrir por la inscripcion, y no teniendo ya sus padres ningún consuelo en la tierra, se proporcionaron el único que podia alhagarlos, dándole un sepulcro que llamase la atencion, y como se hallaba aislado fijaba aun más las miradas de todos.

Luego seguimos nuestro paseo por una angosta vereda, que concluía en un pequeño llano, en el cual vimos en conjunto algunos monumentos de mucho mérito, la mayor parte de mármol blanco ó grís, y de un finísimo trabajo; nos detu-

vimos especialmente, delante de uno que era de un general; en los cuatro lados de la tumba, se hallaban representados en bajos relieves sus hechos de armas mas gloriosos; en ellos aparecía el campo de batalla cubierto de cadáveres, y vivamente espresado el el furor del combate. Mucha destreza se necesita en un artista para animar estos grupos, y dar á cada figura la expresion correspondiente á lo que quiere representar.

El monumento estaba coronado por la estatua del héroe de tamaño, natural postrado, juntas las manos en la actitud del que ora, colocando los ángeles sobre su cabeza una corona de laureles.

De este lugar, en que recorrimos varios monumentos de mérito, nos trasladamos por otras veredas, hasta llegar á una pequeña colina cubierta de verde césped, que atravezamos, encontrándonos del lado opuesto, en medio de una multitud de sepulcros, que al momento nos hicieron comprender que los de aquel lugar no pertenecian á la aristocracia ó riqueza, sino que era en el que la clase media, dada sepultura á sus deudos.

No brillaba allí la elegancia, ni el arte ostentaba su belleza; pero aunque no eran monumentos de mármol ni de granito, no por eso dejaban de estar algunos formados con gusto: se veian

tambien grupos de familias, sepulcros aislados, pequeñas capillas, todo con cierto aspecto de pobreza, que contrastaba inmensamente con los que antes nos habian ocupado; pero que no por eso servian de borron á aquel sitio tan bello.

Allí observamos una cosa que nos llamó mucho la atencion, y fué el adorno exterior de los sepulcros.

Constumbres como esta se hallan en perfecta correspondencia con los sentimientos del corazon, y se hermanan de una manera inmensa. Se ven generalizadas en todo el mundo, porque en todos la muerte es un sentimiento de profundo pesar, y el recuerdo por los finados muy natural.

Lo que nace del corazon, todos tienen derecho á practicarlo; y si amamos á nuestros deudos, es muy justo que despues de muertos hagamos memoria de ellos con estos recuerdos exteriores, que manifiestan los que guarda el corazon. Esos tejidos, esos bordados, esas coronas con que se adornan los sepulcros, no es la voz de la vanidad, sino del sentimiento! ¡Qué bien aparece un recuerdo colocado sobre la losa fria que cubre los restos de un sér amado!

Habla tanto al sentimiento ese mudo suspiro del alma, que mil veces su vista nos ha arrancado lágrimas de ternura!

Allí el recuerdo y el amor se confunden! esos adornos nos revelan lo que existe en el corazon del padre. . . . de la madre. . . . del hijo. . . . de la esposa. . . . y esto nos conmueve! nos llena!

No sucede así con los sepulcros desnudos de todo adorno.

¡Oh! esto es muy triste! en ellos se vé el olvido completo del sér que ha abandonado la tierra! se nota el desprendimiento ó fria indiferencia de una familia, que no tiene una lágrima para regar aquel sitio!.....

Conmovidas nos deteniamos á contemplar todos esos adornos fúnebres; veiamos allí cuadros de cabellos perfectamente trabajados, y cuyas tiernas figuras hablaban al alma!

Las guirnaldas de flores, de cuentas, y tambien de pelo, estaban muy bien hechas.

No se ostentaba en esta parte del cementerio la opulencia y las obras de arte; pero sí el buen gusto en el adorno, y el fino trabajo en las labores de mano.

Hacia mas de tres horas que nos hallábamos en Brooklyn, el sol era abrasador, y aunque los árboles del cementerio nos prestaban una fresca sombra, nos sentíamos ya sofocadas y fatigadas; mucho tiempo habia transcurrido, y aunque con sentimiento nos fué preciso abandonar el hermoso

cementerio, que á tan alto grado habia exitado nuestra admiracion, y del cual hemos tratado de dar una pálida idea á nuestros lectores; porque describir á Brooklyn con toda la viveza de sus colores, es cosa que no es dado hacer a la pluma del escritor, ni al pincel mismo del artista!.....

Para salir, atravezamos de nuevo aquel vasto recinto, con la idea fija en los lugares destinados á recibir los restos mortales de los que abandonan la mansion del tiempo.

Hay consideraciones que no pueden dejar de impresionar muy vivamente, y esta es una de ellas!

Además, en el mundo no hay nadie tan feliz, que no tenga que llorar la muerte de algun deudo, y la visita á un cementerio trae siempre á la memoria el recuerdo de ese sér querido, y el corazon entonces cúbrese de luto y de pesar!.....

Mas en esta visita por fortuna no nos sucedió así; la novedad!...! quién sabe que seria! pero es el caso que en vez de haber pasado un rato de melancolia, lo pasamos de contento.

Habia además otra circunstancia que nos ocupaba enteramente, y era la cartéra que teníamos en nuestras manos; aquel sepulcro tan interesante! todo pasaba por nuestra imaginacion, y entonces nos convenciamos mas, de que hay dias

en el curso de la vida que dejan impresiones que jamás podrán borrarse de nuestra memoria.

Pasamos de nuevo el mar en coche, y gozamos tambien mucho esta vez, aunque no tanto como la primera; puesto que ya entonces no existia para nosotras la sorpresa, y ¡bien sabido es lo que estas duplican los goces!

Cuando de nuevo nos hallamos en el hotel, se cambió nuestro humor ¿por qué? tuvimos una noticia que no nos agradó mucho: el paquete inglés partiria dentro de tres dias, y él debia conducirnos.

¡Habíamos estado tan contentas en los Estados Unidos! habíamos gozado tanto en Nueva York, que no nos era posible evitar un verdadero sentimiento al alejarnos de aquella hermosa ciudad.

Por otra parte, quedábase Marta, nuestra querida amiga, tan infortunada como interesante; y ¿podíamos no sentir mucho su separacion? ¡habia sabido ganarse tan bien nuestro afecto! ¡habia tenido con nosotras confianzas tan íntimas! nos habia repetido tantas veces el inmenso consuelo que tenia en estar en nuestra compañía, porque nos quería ya cual á unas hermanas, que sentimientos tan delicados y esquisitos, no po-

dian recibir por correspondencia, el desprendimiento y la frialdad!

Queríamos á Marta, y su infortunio duplicaba nuestro cariño! Si Marta hubiese sido feliz, la hubiéramos amado mucho ménos! pero el infortunio tiene un poder inmenso sobre los corazones sensibles, y ellos se interesan quizás demasiado por el que sufre, y tratan de minorar la desgracia aun á costa del propio bienestar.

Preocupadas por la noticia que acabábamos de recibir, olvidamos por un momento la cartera encontrada en Brooklyn y sólo pensamos en Marta.

## CAPITULO XVII.

Visitas de despedida.—Última entrevista con Marta y lo que en ella pasó.—Casa en que la dejamos establecida.—Nuestra salida del Hotel, y nuestro embarque y partida.

Como estábamos ya próximas á partir de Nueva-York, nos ocupamos en hacer nuestros visitas de despedida, para dejar bien establecidas nuestras relaciones con las personas que nos habian distinguido con su amistad; á nuestra querida Marta le consagramos un día entero en visperas de nuestra partida; eran las últimas horas que podíamos estar con ella; pues pronto nos sería preciso separarnos probablemente para siempre!

¡Cuán amargos son estos duros golpes! ¡Cuán frecuentemente vienen á herir el corazón del viajero!